

Índice

Introducción	11
-------------------------------	-----------

Capítulo 1

Algunas cuestiones de contenido. Los puntos de vista	17
---	-----------

El punto de vista masculino	22
---------------------------------------	----

El punto de vista androcéntrico	26
---	----

Un punto de vista más global	33
--	----

Capítulo 2

Una mirada a algunos aspectos del sexismo	37
--	-----------

Contenidos sexistas	37
-------------------------------	----

Del insulto al estereotipo	38
--------------------------------------	----

Rubia que te quiero rubia	41
-------------------------------------	----

Entre el elogio y la pared	45
--------------------------------------	----

Sutilezas e imperfecciones	50
--------------------------------------	----

Imperfecciones al desnudo	56
-------------------------------------	----

Principales usos sexistas de la lengua	63
--	----

Uso de diminutivos	63
------------------------------	----

Uso de nombres y apellidos	64
--------------------------------------	----

Uso asimétrico de las palabras <i>señora</i> y <i>señor</i>	68
---	----

Uso de la palabra <i>señorita</i>	71
---	----

Uso de la pareja asimétrica <i>hembra/varón u hombre</i>	72
--	----

Uso del artículo delante de los nombres o de los nombres y apellidos	74
---	----

Orden de aparición en el discurso de mujeres y hombres	76
--	----

Enumeración no equitativa de cargos o profesiones dependiendo del sexo	78
---	----

Consideración de las mujeres como un grupo aparte	79
---	----

Uso innecesario de la palabra <i>mujer</i>	82
--	----

Dejar en el anonimato a las mujeres	85
---	----

Entrando en los cambios	88
-----------------------------------	----

Capítulo 3

Cambios y visibilización de las mujeres	91
Algún antecedente.	92
Problemas de la invisibilización	96
Principales fórmulas visibilizadoras	98
Arroba	98
Barras.	100
Formas genéricas	102
Formas dobles	104
Otras formas de visibilización.	105
Posibles razones de la visibilización	106
Critizando que es gerundio	106
Asociación de ideas	107
Teniendo en cuenta a las mujeres	112

Capítulo 4

Más y más cambios	121
Cambios consolidados, algunos casos	121
La pareja <i>hombre/mujer</i>	121
La pareja <i>niño/niña</i>	130
La pareja <i>actor/actriz</i>	138
Cambios emergentes	145
En primera persona: <i>una</i>	146
Concordancias inusitadas.	153
Femenino «universal o genérico»	154
Masculino «específico»	161
Alternación de femenino y masculino	166
Torres más altas caerán. Algunos testigos del cambio	172

Capítulo 5

Dos casos paradigmáticos	183
Cambios en las denominaciones profesionales y otros términos.	183
Transformaciones en la narración de los malos tratos.	203

Conclusiones	207
-------------------------------	------------

Capítulo 1

Algunas cuestiones de contenido. Los puntos de vista

Vaya por delante, como ya se ha dicho más arriba, que la lengua es totalmente inocente de cualquier sesgo ideológico se mire como se mire, es decir, tanto en general como en todo lo que se mostrará y analizará en este capítulo.

A continuación, se verá que la lengua se limita en todo momento a poner de manifiesto lo que piensan, sienten, desean, etc. una serie de personas a partir de lo que articulan en sus textos. Es decir, la lengua se pone al servicio de sus ideologías, de sus alcances o de sus limitaciones; de sus intenciones, ya sean conscientes o inconscientes.

Esto quiere decir que la lengua abre todas las posibilidades del mundo a quien la usa, para que pueda transmitir fielmente lo que piensa: al escoger una palabra u otra dirá una cosa u otra, matizará y precisará; y, aparte de explicar el caso, es más que posible que también dé su opinión sobre dicho caso.

Puede verse en la manera que reflejaban dos diarios distintos una misma información que, en principio, parece alejada de las cuestiones que nos ocupan. En un primer titular anónimo se leía lo siguiente: «El sexo *penetra* en el Barbican».¹ Al cabo de unos días, en un titular de otro medio, el verbo era otro: «El sexo *entra* en el museo».² Cambio mínimo pero representativo y que me atrevo a sugerir denota una determinada asociación de ideas al menos en cuanto a quien compuso el de la primera publicación. Los dobles sentidos son frecuentes en las redacciones de distintos documentos para forzar lo que se dice en ellas.

Viene a cuento seguir la estela del verbo del primer titular para ver que se usa también en tipos de texto muy diferente aunque seguramente con el mismo objetivo. Por ejemplo, en la tapa posterior de la edición castellana de las magníficas e imprescindibles cartas que Lady Mary Montagu escribió desde Estambul, puede leerse lo que sigue.

Un relato vibrante del primer occidental que *penetró* en los harenes del sultán Otomano.³

Ni qué decir que no se trataba ni del primer occidental ni su intención era penetrar en sitio alguno, sino de una viajera-escritora que se acercaba a un mundo desconocido con respeto y consideración.

1/ Redacción. *Adn*, 11.10.2007, p. 22.

2/ Rafael RAMOS. «El sexo entra en el museo», *La Vanguardia*, 18.10.2007, p. 45.

3/ Mary WORTLEY MONTAGU. *Cartas desde Estambul*. Trad. Celia Filipetto. Barcelona: Casiopea, 1998.

Si volvemos a las noticias, por ejemplo, en una en que se informaba de que según un determinado juez la falda no discriminaba a las enfermeras que recurrieron ante los tribunales la obligación de dicha prenda entre otras de su uniforme, quien redactó el destacado lo pergeñó así: «El TSJA cree que la empresa tiene derecho a imponer la falda como estrategia de imagen y eficacia»,⁴ y al escoger el verbo «creer» para narrar el caso, pienso que queda claro que el autor inscribe que él no lo cree así.

Con ser la lengua mucho más, muchísimo más, ahora nos interesará solamente como transmisora, y en esto es esencialmente fiel. Debemos, por tanto, agradecerle que a partir de ella sepamos siempre qué sienten y piensan los seres humanos y, en consecuencia, si nos interesan o nos gustan o no, si nos es grata su compañía o la de sus textos, o si haríamos mejor en esquivar su presencia. La perfecta radiografía que es la lengua nos da esta posibilidad. Saber lo que opina un determinado político de los labios de una ministra, ver la facilidad con que otro ilustrado tilda a otra ministra de «señorita», comprobar con asombro que a diferentes periodistas les interesa más cómo calzan o visten las políticas, en especial si son rubias y van de rojo, que las políticas que ellas propugnan o implementan, no nos dice nada en absoluto de las ministras o de sus políticas, tampoco nos dice nada de cómo es o funciona la lengua, pero, en cambio, nos deja hacer una idea más que ajustada de como las gastan y quienes son los personajes a partir de los aspectos a tratar que escogen así como de los peregrinos juicios de valor que emiten. Comprobar que un tertuliano entrado en años considera que las mujeres de más de 21 años son viejas va en el mismo camino. Alegrémonos, pues, de tener a la lengua como aliada para conocer al género humano.

Opiniones, digamos, que a veces incluso alarman a según qué articulistas.

La ministra de Sanidad, Leire Pajín, fue a darse un chapuzón en bikini, en la playa del puerto de Maó [...]. Estaba con el agua a medio cuerpo, ensimismada, cuando algún paparazzo la fotografió. *Muchos comentarios han sido de tanta zafiedad que llaman la atención* incluso estando donde estamos con los estragos de la televisión generalista y el todo vale de la nueva prensa de derecha dura.⁵

Pero vayamos ya a los casos. A veces se tiene la suerte de encontrar bien próximas —en este caso una al lado de la otra— las dos caras de una misma moneda, se tiene la oportunidad de ver la cara oculta de la luna.

En los dos siguientes artículos, la prensa ofrece ejemplos de cómo una misma cuestión puede tratarse desde muchos puntos de vista; incluido un punto de mira androcéntrico (o uno que no lo sea).

4/ José BEJARANO. «Un juez falla que la falda no discrimina a las enfermeras», *La Vanguardia*, 12.12.2008, p. 33.

5/ Valentí PUIG. «Tres eran tres», <<http://www.lavanguardia.com/opinion/articulos/20110713/54184108674/tres-eran-tres.html>> [Consulta: 29.07.2011].

Por ejemplo, el uso de la corbata. En un diario, se halló un dossier que dedicaba algunos artículos a este administrículo básicamente masculino. Uno, de pluma masculina, escrito por el presidente del Círculo Ecuestre de Barcelona —a buen seguro, pues, que de un entendido en la materia—, empezaba así:

A lo largo del siglo XVIII fueron apareciendo en Inglaterra los primeros *clubs privados*. Instituciones fundadas por *personalidades* de la nobleza, de la vida cultural y social. El objetivo era fomentar la *amistad* sirviendo, asimismo, como punto de *encuentro y foro de opinión*, en un ambiente de exclusividad, intimidad y comodidad para poder facilitar *las relaciones humanas*. Con el tiempo fueron creándose nuevos *clubs* primero en Europa y más tarde en el resto del mundo. La filosofía era siempre la misma, buscar la exclusividad, la privacidad, la discreción, las formas y los modales. Con los años, la mayoría de estos *clubs* se ha ido reconvirtiendo en centros empresariales, culturales, sociales y de ocio.⁶

Como vemos, dedica un primer párrafo a los clubs privados ingleses desde el XVIII. Nada en las palabras que ha escogido para definir a los clubs, o a quien podía pertenecer a alguno de ellos, indica que se trataba en exclusiva de clubs masculinos (como se verá, si hubiera alguna duda, el segundo párrafo no deja lugar a ninguna).

Es interesante repasar las palabras o expresiones marcadas en cursiva. Si en algunas se hubiera añadido el adjetivo «masculino» (convenientemente concordado) la redacción sería mucho más realista y comprensible. Es especialmente destacable una expresión tan ancha y genérica como «facilitar *las relaciones humanas*», cuando es evidente que expresaría mucho mejor lo que se quiere decir si se hubiese especificado «masculinas» en vez de «humanas», puesto que el párrafo habla tan sólo de las primeras (a menos que el autor considere que las únicas relaciones humanas que existen —o sean dignas de mención— sean las masculinas). El artículo continuaba así:

Los estatutos y reglamentos de orden interno de estos clubs definen muy claramente la manera de poder acceder a ellos, las obligaciones y derechos de sus miembros, sus órganos directivos y administrativos, horarios, formas de pago y vestimenta. En la mayoría de estos clubs el reglamento es muy exigente con el modo de vestir, ya que exige el uso de chaqueta y corbata en la mayoría de las dependencias del club. Casi siempre en las recepciones disponen de chaquetas y corbatas para aquellas personas que no las llevan. Por lo tanto, cuando una persona se hace socia de un club privado tiene asumido el uso de la corbata. Para este tipo de clubs, la corbata representa algo diferente y exclusivo que no se exige en otros establecimientos.

La tónica es la misma. De todas las expresiones que utiliza, las dos más nota-

6/ Manuel CARRERAS FISAS. «Signo de exclusividad», *La Vanguardia (Tendencias)*, 4.07.2008, p. 23. Esta referencia sirve para todos los fragmentos que se citan del artículo. Por lo general, las cursivas tanto de éste como de los demás fragmentos son de la autora.

bles inciden en que las personas llevan corbata. Aunque es cierto que cualquier persona (utiliza dos veces esta palabra) puede usarla, parece que no hay duda de que se está refiriendo solamente a hombres. También es dudoso que este tipo de clubs tenga a mano corbatas para poder prestárselas a las mujeres que no las lleven. Unos cuantos adjetivos especificadores de la masculinidad (por ejemplo, en «vestimenta», en «modo de vestir») no hubieran estado de más.

El tercer y cuarto párrafo abundaban en lo mismo.

En unos tiempos en que los modales, la educación, las formas, el vocabulario y el respeto han pasado de moda, se hace imprescindible encontrar lugares donde todas estas normas sigan vigentes y sean aceptadas por todos sus miembros. Todavía quedan en Inglaterra y en algún que otro país colegios en los que la corbata es *obligatoria*. De hecho, las ciudades más cosmopolitas *mantienen el uso de la corbata* en sus locales más exclusivos.

La corbata en según qué sitios siempre será un signo de distinción y elegancia, de respeto a los demás y de buen gusto.

Vemos que en el tercer párrafo, un oportuno «todos» delata, a mi entender, que el autor está pensando y, por tanto, refiriéndose solamente al sexo masculino. Además, dudo de que la única manera que tengan las personas para mantener el decoro en los locales más exclusivos de las ciudades más cosmopolitas pase sólo por calzarse una corbata.

A pesar de la concisión que gasta, el último párrafo es un caso claro de tomar la parte por el todo. La distinción y la elegancia se marcan de toda otra manera por parte del sexo femenino; incluso el respeto y el buen gusto.

En definitiva, estamos delante de un texto con pretensión de universalidad pero que habla específicamente de la experiencia masculina. No puede demostrarse, pero creo que un artículo similar dedicado a las medias o a los zapatos de tacón, por ejemplo, no se habría redactado haciendo pasar la experiencia femenina como universal, el escrito seguramente habría remarcado que se refería a unas prendas de vestir básicamente femeninas.

En el mismo dossier, había otro artículo, éste escrito por manos femeninas, cuyo antetítulo era: «Los oradores romanos protegían sus gargantas del frío con un retal triangular de tela». Decía así:

Soldados croatas, el rey Luis XIV y un estadounidense llamado Jesse Langford son los actores principales de una historia que, si nos remontamos a sus orígenes, tiene más de dos mil años. La corbata, símbolo de la elegancia *masculina* y también de pertenencia a un estatus determinado, es posiblemente el complemento de vestir *masculino* que más tiempo ha sobrevivido en la moda. Pueblos de la antigüedad tan alejados entre sí como chinos y egipcios ya usaban algún tipo de elemento alrededor del cuello para mostrar su pertenencia a las clases altas, y los oradores romanos protegían sus gargantas del frío con un retal triangular de tela.⁷

7/ AURORA SEGURA. «La moda que vino del Este», *La Vanguardia (Tendencias)*, 4.07.2008, p. 23.

El primer párrafo de este artículo utiliza en dos ocasiones el adjetivo «masculina» (convenientemente concordado lo antepone a «elegancia» y a «vestir»), o usa algún otro tipo de masculino. Esto ocasiona que quede perfectamente claro que se habla de una experiencia específicamente masculina. Humana, sí, pero no propia de toda la humanidad.

Como vemos, este adjetivo también se utilizaba en el segundo párrafo:

Tuvieron que pasar muchos siglos hasta que otro precedente de la corbata como la conocemos se convirtiera en un adorno *masculino*. El origen de su denominación da pistas de cómo surgió. *Hrvatska*, que significa *a la croata* en el idioma de ese país de la Europa del Este, derivó en el término francés *cravatte*.

El artículo acababa así:

Símbolo en sus comienzos de pertenencia a la clase social más elevada, poco a poco se convirtió en un signo de elegancia y formalidad que se extendió a otros sectores de la población, hasta la revolución juvenil de los años 60. Si las mujeres renunciaron al sujetador como símbolo de la liberación femenina, ellos hicieron lo mismo con la corbata.

En el primer punto de este último párrafo, la redacción no especifica que está hablando de unos cambios que tuvieron lugar en el uso de la corbata sólo entre la población masculina, incluso podría parecer en un principio que dé carta de universalidad a la experiencia corbatil; ahora bien, la última frase deshace completamente el entuerto al comparar la actitud de los hombres respecto a la corbata con lo que hicieron las mujeres con una prenda de vestir también específica de su sexo. El símil vuelve a poner las cosas en su justo lugar.

En conclusión, mientras que en el primer texto se hablaba de una experiencia masculina como si fuera universal, el segundo es un bello ejemplo de redacción no androcéntrica y, por tanto, un texto que gana en precisión y tino.

En el primer artículo, siempre quedará en el aire hasta qué punto ha podido influir en el olvido del sexo femenino la circunstancia de que el escritor no perteneciera a él. O hasta qué punto ha influido en la capacidad de tener presente al sexo femenino el que la autora del segundo perteneciera a él.

Lo que sí quizás queda claro es que pertenecer a un sexo influye tanto en las obras de los hombres como en las creaciones de las mujeres, aunque a veces desde según qué foros y lugares se quiera hacer ver que es tan sólo una servitud y una limitación en el caso de las mujeres.

Esta referencia sirve para todos los fragmentos que se citan del artículo.

El punto de vista masculino

A continuación se verán algunos ejemplos de escritura elaborada desde un punto de vista masculino, desde un cuerpo de hombre, sobre algún tema. Vaya por delante que no hay nada que objetar al hecho de escribir desde éste o desde cualquier otro punto de vista: quienquiera puede escribir desde el punto de vista que más le venga en gana, que mejor responda a sus objetivos, situarse donde quiera; lo único que quiero señalar es que se trata de puntos de vista no universales y, concretamente, en los casos que se verá a continuación puede dificultar que algunas mujeres se identifiquen con el punto de vista o con lo que se narra. Veamos el primer caso.

Vivir al día. Dejarse llevar por las olas de la ciudad. Sentarse en una mesa con dos cubiertos y esperar que *alguna desconocida* acepte sentarse a nuestro lado. No reunirse jamás ni dejar que los tentáculos de las reuniones nos pillen en el centro exacto del amor. Esto es vivir sin teléfono móvil, porque la máxima libertad es que no nos encuentren.⁸

En este fragmento, su autor habla de la hipotética libertad y bienestar que le daría vivir después de arrinconar el teléfono móvil —experiencia que hace extensiva a más gente (¿a cuánta?) a partir de sendos «nos»—. Lo que sorprende es la irrupción de la desconocida a su vera en la mesa, cuando, en general, este autor tiende a usar el masculino para hablar de alguien de quien desconoce el sexo.

El texto creo que muestra la preferencia del autor por un acompañamiento de este sexo, preferencia que seguramente puede hacerse extensiva a aquellos dos «nos» que se encontraban en el fragmento; es decir, que, aunque en principio sean genéricos, es posible que en este caso se referan siempre a un sujeto, a una primera persona que en realidad es masculina (y, por cierto, preferentemente heterosexual).

Perfecto. Nada que decir ni que objetar a este punto de vista ni, desde luego, al encomiable despegue universal por los móviles que recomienda. Simplemente es interesante ver que el texto parte de un cuerpo sexuado en masculino: seguramente el del autor; está marcado por él. La experiencia de abandonar a su suerte al móvil podría ser universal (por poco frecuente que sea), qué duda cabe, ahora bien, que en este caso está explicado desde un hombre.

Todo ello pone en tela de juicio la pretendida universalidad de quien habla; universalidad y objetividad que, por otra parte, sabemos desde hace tiempo que está restringida por la experiencia personal (aunque ciertamente sea generalizable y transferible) de quien habla, sea del sexo que sea; en definitiva, sesgada por sus deseos y preferencias.

8/ Joan BARRIL. «Toda una vida», *El Periódico de Catalunya*, 30.01.2003, p. 96.

En algún artículo, la voz es exclusivamente, directamente y sin ambages masculina.

Lástima del vientecillo que, cuando sales, te eriza la piel ridiculizándote ante los *macizos* y *macizas* que, sin tregua, saltan y chapotean a tu alrededor. No acuden a abrazarme las *admiradoras* que nunca tendré.⁹

En este artículo, en principio, en segunda persona, el autor utiliza la doble forma «macizos y macizas», seguramente porque está pensando y visualizando en la piscina a personas de buen ver de ambos sexos y aquí tenemos un primer indicio de que, cuando esto sucede, lo habitual es reflejarlo en la manera cómo se usa la lengua. En este caso, prefiere utilizar una doble forma a un masculino pretendidamente genérico.

Como en el artículo dedicado a la bondad de la ausencia de móviles, el autor debe sentirse más cómodo si le abrazan preferentemente mujeres y esto explicaría que en el segundo párrafo —en el que se pasa decididamente a la primera persona— los posibles macizos hayan desaparecido y sólo se hable de admiradoras.

Una vez más, nada que objetar: no parece pretender que esté narrando una vivencia universal, sino más bien una anécdota personal. De todos modos, es posible que la manera de redactar haga la identificación más fácil a los lectores que a las lectoras.

Veamos otro caso.

Contemplando sus fotografías de vampiresa, con el peinado a lo Verónica Lake, la otra gran leyenda femenina del cine negro, es fácil evocar las tardes del cinema Paradiso, cuando matábamos el tiempo mascando chicle o cascando pipas de girasol, mientras los policías cosían a tiros a individuos tan increíblemente perversos como Peter Lorre. En medio de la oscuridad templada, aspirando los efluvios de ozonopino que luchaban inútilmente contra la sudoración de los espectadores y la falta de aireación del local, buscábamos furtivos la mano de *la compañera* de juegos y un pequeño escalofrío nos recorría la espina mientras aguardábamos esa voz que nos dijera, como Slim, en tono cazallero y retador: «Si me necesitas, silba».¹⁰

La experiencia en este caso es, en principio, general. Chicas y chicos, adolescentes, niñas y niños iban al cine en aquella época de penitencia. Tanto unas como otros mascaban chicle o cascaban pipas.

Ahora bien, como en los casos anteriores, nos habla un hombre, la voz es masculina (y otra vez heterosexual); se habla desde un cuerpo de hombre, pues-

9/ Sergi PÀMIES. «Baño de cine», *El País*, 11.08.2001, p. 2/Cataluña.

10/ Juan Luis CEBRIÁN. «Si me necesitas, silba», *Lauren Bacall. El País. Revista*, 14.08.2004, p. 35.

to que difícilmente la generalidad de las chicas buscaba furtiva la mano de la compañera de juegos. Nada que objetar; simplemente parece oportuno apuntar que a partir de este momento lo que el artículo cuenta remite tan sólo a una experiencia masculina heterosexual. Lo confirma también que el escalofrío en la columna vertebral lo produjera una voz, ahora sí, de mujer.

En el siguiente, la comparación de quedarse con un palmo de narices se opera a través de un cuento que hace fácil la identificación masculina pero no tanto la femenina.

Puede que estuviera atrapado en el tiempo, pero la conclusión tras cada debate entre ambos partidos aparenta ser siempre ésa. Me di cuenta de que muchas veces el resultado de un debate es como ese zapato de cristal que nunca le acaba de ajustar a ninguna de las cienicientas. Y que, tras bajarse de la tribuna después de una radiante exhibición dialéctica, a ambos se les convierte el coche oficial en una calabaza y *nosotros nos quedamos, como principitos conformistas, con cualquiera de las hermanastras*.¹¹

Cuatro textos, pues, escritos desde un punto de vista masculino que, por otra parte, no parece que pretendan, en principio, relatar experiencias universales cuando ponen en juego la pertenencia a este sexo, especialmente los dos primeros.

Reitero la libertad de escribir desde cualquier lugar que se quiera y desde cualquier cuerpo. Simplemente, por breve que haya sido la referencia, parecía interesante comprobar que esta tendencia que, en más de una ocasión, se atribuye a las autoras, es compartida por el sexo masculino; es decir, es menos frecuente que se citen las restricciones que supone tener un cuerpo de hombre, pertenecer a él. Como botón de muestra, espero que hayan servido estos breves fragmentos de cuatro masculinos artículos.

Acabaremos con un escrito de Eduardo Chillida que se hallaba en la web de su museo. Es una bella declaración del escultor respecto a quién es él, a su arte y a su luz.

Yo soy de los que piensan, y para mí es muy importante, que los hombres somos de algún sitio. Lo ideal es que seamos de un lugar, que tengamos las raíces en un lugar, pero que nuestros brazos lleguen a todo el mundo, que nos valgan las ideas de cualquier cultura. Todos los lugares son perfectos para el que está adecuado a ellos y yo aquí en mi País Vasco me siento en mi sitio, como un árbol que está adecuado a su territorio, en su terreno pero con los brazos abiertos a todo el mundo. Yo estoy tratando de hacer la obra de un hombre, la mía porque yo soy yo, y como soy de aquí, esa obra tendrá unos tintes particulares, una luz negra, que es la nuestra.¹²

11/ David TRUEBA. «Debate», *El País*, 19.02.2010, p. 57.

12/ <<http://museochillidaleku.com/>> [Consulta: 28.01.2010].

Cuando la leí, pensé que era un buen ejemplo de que tanto las mujeres como los hombres (es este caso, él, Chillida) pueden hablar universalmente a partir de un texto sexuado, a partir de sí. Chillida, claro está, usando la palabra «hombre»; una hipotética artista, utilizando la palabra «mujer».

A mi entender, muestra que la utilización de dicha palabra es totalmente adecuada y pertinente, puesto que es un hombre, pero al mismo tiempo creo que no sería válida para contar la relación de una artista con su obra y con el mundo. Se pone de relieve sobre todo a partir del último punto y seguido.

Si se hiciera la prueba de la inversión con la palabra «mujer» (desde la voz de una hipotética artista), veríamos que el párrafo funciona perfectamente —es evidente que una artista es una mujer y es de algún sitio—; hay más: sería la forma «natural» para una artista de hablar de la relación entre ser humano y arte (en un paisaje concreto y con una luz determinada), es decir, sería una voz sexuada que cuenta desde ella algo universal, algo propio del ser humano, de la misma forma que un hombre, Chillida, lo explica y lo hace universal a través de una palabra específica y no genérica como «hombre».

Es decir, sería cuestión de hacer equivalentes y valorar por igual dos puntos de vista limitados, circunscritos que hablan de una experiencia universal. Si se aceptan los que se ponen en boca de hombre, no hay ningún motivo para no ver del mismo modo los que provengan de una mujer.

Es una especie de alternancia, de la que más adelante se verán casos parecidos, que da indicios de por dónde pueden ir algunos cambios.

El punto de vista androcéntrico

Otra cosa, y de más envergadura, por ello se dedicará un poco más de espacio y tiempo a esta sección, son aquellos textos que pretendidamente cuentan algo universal, algo que, por lo que ocupa a este libro, afectaría a ambos sexos, pero que en realidad se circunscriben tan sólo a explicar algo propio o específico de la parte masculina de la población. Se olvidan —a sabiendas o no— de la experiencia femenina.

Justamente esto es el androcentrismo. Se ha definido desde muchos lugares y desde distintas disciplinas,¹³ puesto que ser consciente de esta óptica es básico en todas ellas para analizar la realidad con un mínimo de rigor. Es muy útil también tenerlo en cuenta para cuestiones de lengua, por ello intento una breve definición que pasa por apuntar que el androcentrismo consiste en un punto de vista orientado por el conjunto de valores dominantes en el patriarcado o por una percepción que se centra en lo masculino. Consiste en creer que las experiencias masculinas incluyen y son la medida de las experiencias humanas; por tanto, la mirada androcéntrica valora sólo lo masculino. Consiste en considerar que los hombres son el centro del mundo y el patrón para medir a cualquier persona; en consecuencia, presenta los aspectos de la vida de las mujeres como una desviación a la norma.

A veces, la misma prensa, lo pone de manifiesto cuando relata lo que veían y ven otros ojos.

La Señora de Cao sale a la luz tenue de su propio museo. Desde que esta momia mochica tatuada fue descubierta en el 2004, las autoridades de Perú no se cansaron de resaltar la importancia del hallazgo. [...]

Los murales policromados resultaron casi irrelevantes cuando los investigadores descubrieron la tumba de la Señora de Cao. Se trata de una mujer gobernante y con poderes divinos de la sociedad mochica (s. I al VII d. C.), con la piel tatuada con arañas y serpientes, que habría fallecido hacia el año 350 d. C. *Los arqueólogos vieron rotos sus esquemas porque hasta entonces creían que en la cultura moche sólo habían gobernado hombres.*¹⁴

Una vez centrada la cuestión, veamos un primer ejemplo realmente sintético.

Sucedió en el distrito de Villaverde. Un joven de 26 años que paseaba con su novia fue agredido por un grupo de gente, recibió golpes con un bate de béisbol y quemaduras de pitillo en el cuello y en la cara. Su novia también resultó herida.¹⁵

13/ Una mirada a Internet sería más que productiva. Yo misma lo he definido en distintas ocasiones. Quizás la más asequible se halle en Eulàlia LLEDÓ. *De lengua, diferencia y contexto*. <http://www.mu-jerpalabra.net/pensamiento/lenguaje/eulalialledocunill/lengua_gnral.htm> [Consulta: 21.08.2011] o <<http://dpto.educacion.navarra.es/coeducando/wp-content/uploads/2010/08/De-lengua-diferencia-y-contexto1.pdf>> [Consulta: 21.08.2011].

14/ Robert MUR. «El museo de la Señora de Cao se suma al tesoro arqueológico peruano», *La Vanguardia*, 4.04.2009, p. 34.

15/ Anónima. «Quemado con un pitillo», *Què! Barcelona (Emergencias)*, 28.01.2008, p. 13.

Es decir, una pareja paseaba por el barrio de Villaverde. Una banda —no se dice el sexo de quienes la componían— la atacó y tanto la mujer como el hombre sufrieron diversas heridas y quemaduras (en el caso de la mujer, este último extremo no se confirma).

Pues bien, el androcentrismo nos presenta a un único protagonista: el hombre, al que acompaña una mujer —como si fuera una mera comparsa— presentada por su relación familiar o afectivo-sexual con él.

Es interesante la presencia del adverbio «también», ya que cuando aparece en este tipo de redacciones, remite a algo anterior y más valorado o importante. Cualquier hablante sabe, ni que sea de forma difusa, que cuando se es el segundo término de comparación con alguien y este adverbio se aplica, no al alguien, sino a su persona, indefectiblemente pierde en la comparación, no es el centro de la misma.

Veamos otro caso un poco más prolijo.

Hace cincuenta años, la finalidad de la enseñanza básica y media consistía en descubrir a los bestias, que éramos nosotros, algo mágico: que el mundo estaba lleno de cosas que había que aprender y que esto exigía tanto esfuerzo que a lo mejor no merecía la pena, por lo que nos dábamos al juego, a la bebida o al rock and roll —ya hubiéramos querido añadir «y a las mujeres», pero no estaba a nuestro alcance.¹⁶

Parece que el párrafo quiere dedicarse a hablar en general de alguno de los objetivos de la enseñanza de un pasado no muy remoto y de la reacción ante ellos; por tanto, parece que pretende hablar de una experiencia —al menos en este país— propia de mujeres y hombres.

Se habla de unos bestias encarnados en el pronombre masculino «nosotros», palabra que no contribuye precisamente a imaginar a las escolares. De todos modos, es al final del párrafo donde queda meridianamente claro a quien se refiere en realidad, puesto que cuando pasa a enumerar las «cosas» a las que quería darse el masculino grupo de marras, entre estas «cosas», se cuentan las mujeres (si es que no quedaba ya claro cuando hablaba de darse al juego o a la bebida). Difícilmente recoge anhelos y deseos mayoritarios femeninos. Habla de una experiencia estudiantil específicamente masculina.

En otro tipo de texto, en una entrevista, el historiador Dieter Langewiesche, catedrático de Historia en la Universidad de Tübingen, habla de la fascinación alemana por Napoleón.

—Napoleón visitó Aquisgrán el otoño de 1804. Los alemanes, según dice un cronista, lo recibieron entusiasmados. Desengancharon los caballos del carruaje del emperador y tiraban de él por las calles. ¿Cuál era la causa de esta «napoleonmanía»?

16/ Gregorio MORÁN. «Evocación de don Juan Valera», *La Vanguardia*, 2.04.2005, p. 30.

—En aquella época, Napoleón era el máximo representante de una fuerza de transformación. Asumió un programa de reformas en Europa, lo que generó una gran sensación de resurgimiento en Alemania.

—¿Y cumplió las expectativas?

—Sus proyectos ya eran revolucionarios. Introdujo el código napoleónico. Los judíos y otras minorías, los pobres o los ricos, todos eran iguales ante la ley. Todo el mundo podía, como mínimo en teoría, ejercer cualquier oficio. Se podía desarrollar cualquier profesión sin pertenecer a los gremios, cosa que era extremadamente difícil hasta entonces. Todas eran medidas revolucionarias, aunque estos cambios necesitasen su tiempo. Con el código napoleónico se creó la sociedad de la propiedad burguesa en que vivimos actualmente.¹⁷

Por poco que se sepa del código napoleónico, queda claro que en la entrevista el historiador no habla de los derechos de la población, de los derechos de las personas, sino que se refiere exclusivamente a los de los hombres. Ni judías, ni minorías, ni pobres, ni ricos eran iguales ante la ley. Tampoco podían ejercer cualquier oficio, desarrollar cualquier profesión, pertenecer a un gremio con esta apetecible libertad que canta el entrevistado.

Tanta costumbre tenemos de leer artículos similares que a veces cuesta darse cuenta de la parcialidad de los mismos. De todas maneras, la cosa está clara, el historiador habla única y exclusivamente de los grupos masculinos; es decir, de un poco menos de la mitad de la población y esta determinada y parcial mirada o enfoque no deja intuir cual era la situación de las mujeres. Como si éste fuera un detalle secundario o baladí.

El título de la entrevista habla de una intervención increíblemente profunda; no debe serlo tanto si tiene la desgracia de dejar a media población en la estacada.

Otro artículo, en este caso una reseña literaria, vuelve a poner de manifiesto este punto de vista tan parcial.

La experiencia de la generación del 36 nos resulta extraordinariamente próxima. Fue la primera que hizo bandera de su juventud y que experimentó las turbulencias del romanticismo en la vida de la ciudad contemporánea. En unos meses cambió las aulas por *la oficina de reclutamiento, el burdel* por la trinchera. Vivió una iniciación dolorosa, con el único apoyo de lecturas adolescentes que hablaban de la voluntad y el destino, y al hilo de esas lecturas, en la madurez, convirtió los escenarios de la caída de Cataluña en paisajes simbólicos en los que la aventura humana se dirime en un gran juego entre la iluminación y el crimen, el anhelo de verdad divina y el abismo moral.¹⁸

En principio, el crítico dice que habla de una generación, pero ya en las primeras líneas del fragmento afirma que dicha generación dejó las aulas y el

17/ Entrevista a Dieter Langewiesche. «Una intervenció increïblement profunda», *El Temps*, 1.073, València, 2005, p. 24.

18/ Julià GUILLAMON. «Una juventud torturada», *Culturas*, 72 de *La Vanguardia*, 5.11.2003, p. 2.

burdel para pasar a ser recluta —curiosa y sesgada generación, en verdad, si tenemos en cuenta que la limita a la parte exclusivamente masculina.

Realmente las soldadas, aunque las hubo, no se prodigaron en exceso, pero es difícilmente creíble que las literatas frecuentaran los burdeles. Tendremos que esperar, pues, a críticas más inclusivas (y objetivas) para saber si las escritoras de dicha generación hicieron bandera de su juventud y experimentaron las turbulencias del romanticismo en la vida de la ciudad contemporánea; o si convirtieron los escenarios de la caída en paisajes simbólicos en los que la aventura humana se dirimió en un gran juego entre la iluminación y el crimen, el anhelo de verdad divina y el abismo moral. Se concretara como se concretara todo esto.

Porque haberlas las hubo y muy buenas. Que este crítico no hable de ellas no quiere decir que no existiesen, sólo indica que no las contempla, que no le importan, y que su crítica es parcial y empobrecedora —aunque al hablar de «generación del 36» sin ningún tipo de restricción, induce a pensar que tratará de todo el grupo humano sin olvidar a nadie por razón de sexo.

Veamos un caso quizás más flagrante, ilustrativo y espectacular todavía. Se trata de la reseña de un ensayo titulado *Una educación sensorial* del profesor y filósofo Rafael Argullol.

El artículo empieza expresando una verdad como un templo, introduce uno de los *leitmotiv* de la crítica y, al mismo tiempo, a la vista de según qué pinturas, dice que el autor del libro comparte instinto o sensibilidad con algunos monarcas.

La pintura ha sido secularmente una coartada para la lubricidad. No cabe duda de que las mitologías que Carlos V y Felipe II encargaban a Rubens o Tiziano servían más para atizar su instinto que su sensibilidad. A Rafael Argullol (Barcelona, 1949), hoy catedrático de Estética, en su adolescencia le pasó otro tanto [...] ¹⁹

Ahora bien, a continuación el reseñista valora la aguda capacidad psicoanalítica del autor con la cual parece identificarse. Lo cita entre comillas y lo que afirma realmente no tiene desperdicio.

A la chita callando, además, Argullol desliza de vez en cuando alguna afirmación de afilado tono psicoanalítico y que se nos antoja muy plausible. En las últimas páginas de su obra, por ejemplo, concluye que «es la brusca necesidad impuesta por el apetito erótico lo que fija la capacidad humana de contemplación». La lección es bien clara: el apremio púber de ver beldades en su estado natural crea y afina en algunos adultos una facultad muy lábil para ver y descifrar, para mirar e interpretar el arte.

Una adenda: por suerte, la presente edición lleva unas ilustraciones a todo color, y así las Danaes y Ledas lucen unas carnes mórbidas, en todo su fragante esplendor.

19/ Carles BARBA. «Venus y Dianas», *Culturas*, 36 de *La Vanguardia*, 26.02.2003, p. 8. Esta referencia sirve para todos los fragmentos que se citan del artículo.

Tanto el autor de la crítica como el reseñado, pues, creen que la capacidad humana de la contemplación radica en el apetito erótico. Es decir, cualquier persona que la tenga, la debe a una ansiedad adolescente por ver bellezas (¿desnudas?). Según ellos, aquí radica el inicio del despertar de las facultades para saborear en todo su esplendor el arte.²⁰

Por un momento, una tiene la tentación de caer en la trampa y ponerse a pensar en legiones de impúberes heterosexuales anonadas por la belleza y henchidas por el deseo que les ocasionan la visión de gráciles Apolos casi desnudos, robustos Hércules mal cubiertos con gasas, mórbidos pajes, pero el segundo párrafo del fragmento anterior tiene la virtud de templar tal orgía de deseo: parece que lo que azuza el instinto y excita el amor por el arte es una Danae o una Leda, o quizás las figuras preferidas por Carlos V y Felipe II en la intimidad de su cámara.

Mayor mérito tienen, pues, a partir de ahora a mis ojos todas las comisarias de exposición, directoras de museo, artistas; en fin, las decenas de responsables en las mil y una facetas del arte, que son muchísimas. La pregunta es: dónde, delante de qué visiones, se les despertaron sus lábiles capacidades para paladear el arte.

En definitiva, nos encontramos una vez más con un texto que pretende ser universal, pero que en realidad habla de una parte del género masculino en exclusiva. Por cierto, la ilustración que acompañaba la reseña no era un fauno de atractivas y mórbidas carnes, el fragante esplendor de un pastor de buen ver, o un morbosos angelote adolescente, sino la *Olimpia* de René Magritte.

Otra reseña presenta una exclusión androcéntrica un poco distinta. Habla de un libro de Arto Paasilinna, *El molinero aullador*, y después de un párrafo en que cita a Petrarca, a Sartre y a Rousseau, se afirma

Es esta una simpática y hábil novela sobre el derecho a la diferencia, pero sin la pesada carga ideológica partidista que promueven en política todo tipo de minorías sociales. [...]

Huttunen, el molinero, huye constantemente, desde antes de iniciarse la novela y, sin duda, lo hará después de que leamos la última página, como sucede a buena parte de los principales personajes de las novelas de Paasilinna. Además del desacuerdo con la sociedad hay algo mucho más importante: el intento de huir de la cultura del desencanto,

20/ Creo que viene al caso citar la renuencia de muchos documentos a contemplar como positiva la mirada femenina, la capacidad de observación en este sexo; puede comprobarse en muchas obras literarias. Si vamos a los diccionarios, aunque el normativo en castellano no contempla tampoco muchas veces esta posibilidad, el caso más extremo se halla en los ejemplos del que hasta hace pocos años era el diccionario normativo catalán. En como mínimo ocho ejemplos, se podía constatar que las mujeres, más que observar algo, eran objeto de la mirada de otro y no había ninguno en que las mujeres miraran. Incluso se dedicaba un ejemplo que criticaba específicamente a las jóvenes que miran por la ventana.

de la queja, de la construcción de la personalidad humana desde prejuicios pesimistas, rígidos y categóricos. ¿Hay que conseguir escaparse para luego volver? ¿O desaparecer para siempre? Yi-Fu Tuan en su magistral *Escapismo* explicó que, de hecho, el retorno a la naturaleza no es sino un retorno encubierto a la cultura, a los valores de la ciudad, a las ideas románticas y sexistas que defienden lo natural y primitivo en estado puro, lejos de las mujeres, sin refugio para nuestras pesadillas autodestructivas que es la civilización.²¹

Al margen de las citas de referentes literarios sin fisura masculinos a la hora de situar el libro, vemos que en la práctica del escapismo se postula situarse lejos de las mujeres. Aunque el autor remarca que es una idea sexista, ¿dónde entonces podrán escapar las mujeres?, ¿cómo pueden escapar, separarse, de ellas mismas? Incluso es lícito preguntarse a quién incluye el *nuestras*, cuando habla de la pesadilla que es el mundo civilizado.

Un detalle de una entrevista a un escritor vuelve a mostrar este punto de vista.

Yo vinculo siempre la poesía con la ciencia, pero no la aplicada, porque la ciencia crea una hipótesis y elabora un discurso lógico que funciona mientras no hay otra hipótesis que niega la anterior. Por ejemplo, Platón, desde el punto de vista de las ciencias naturales, creía que el semen era la mejor sustancia del ser humano y se licuaba desde el cerebro. Esto tiene que ver con las ideas platónicas. Esta percepción de la realidad es hoy puramente poética. A la ciencia se la somete a una prueba. A la poesía, no se le pide más que la su eficacia emocional.²²

A menos que Platón hubiera querido decir que era la sustancia mejor de mujeres y hombres en su conjunto —extremo que dejaría a las mujeres con sustancias de segunda—, parece que aquí sí que hubiera sido pertinente utilizar la expresión «hombre», en lugar del comprensivo «ser humano».

Hay textos que no dejan lugar a dudas de que alguien está tomando la parte por el todo. Veamos tres.

El primero es de un autor que, justamente en general y en este artículo en particular, dejando aparte el fragmento que se tratará, no se caracteriza ni por ser sexista ni androcéntrico.

Todos tenemos fantasías sexuales, de acuerdo. ¿Quién no ha imaginado que eyacula desde una nube y ahoga con su semen a una nación entera?²³

Pues bien, tanto el «todos» como este «quién» en principio genérico, engloba solamente —quiero creer— a una parte de la población masculina y difícilmente puede englobar a muchas mujeres.

21/ Jordi GALVES. «Cómo escaparse de una vez por todas», *Culturas*, 112 de *La Vanguardia*, 11.08.2004, pp. 6-7.

22/ Lluís BONADA. Entrevista a Vicenç Altaió. *El Temps*, 1.090, València, 3.05.2005, p. 80.

23/ Juan José MILLÁS. «Vida sexual sana», *El País*, 3.08.2001, p. 56.

El siguiente es más duro y crudo. Se halla en un artículo que rezuma indignación contra las violencias, especialmente las sexuadas, contra las mujeres y la impunidad de quienes las perpetran.

Los casos de violencia sexual se cuentan por miles, en un sinfín de pequeñas localidades donde Médicos sin Fronteras alerta ante la escalofriante proliferación de diagnósticos con fístulas de grado 3, o lo que es lo mismo, la consecuencia concreta que una mujer o una niña padecerá toda su vida por culpa de continuas violaciones en poco tiempo. Para colmo, casi ninguna llega al médico en el plazo de las 72 horas siguientes, pero ¡joj!, a las 72 horas después de la primera violación, no de la última, porque el horror puede durar semanas. Para colmo, allí viola *todo el mundo*. Como dijo días atrás en *The Guardian* el coronel Ngarambe, de las fuerzas antirruandesas: «Aquí violamos todos. Somos seres humanos». Una cooperante española me explicaba tajante: «Aquí se viola porque sí. Ya no es ni siquiera un arma de guerra. Llegan, violan a la misma durante días y se van. Sin más».²⁴

Difícilmente puede violar «todo el mundo», mejor hubiera sido referirse a la parte masculina de las distintas poblaciones (hay veces que la palabra «hombre» es especialmente pertinente).

Que se trata de un falso genérico lo acaba de certificar el masculino «todos» que hay muy cerca; pero lo realmente escalofriante es que se justifique este crimen aludiendo a la «humanidad» de quienes lo perpetran, que tiene además el efecto colateral de expulsar despiadadamente a las mujeres de la humanidad. Quizás las únicas humanas en este caso. En este caso, el periodista se limita a transcribirlo; no es su opinión en modo alguno.

Acabaremos con otra aparición de una corbata.

Siempre ha habido trucos para que el consumidor pique. Lo único que hace la cultura del bajo coste es cambiar la escala de la argucia y, por tanto, la magnitud del negocio/estafa. [...] Algún antropólogo tal vez pueda relacionar este síndrome con nuestra nostalgia secreta por los tiempos primitivos de la especie, cuando vivíamos cazando y recolectando frutos. En este sentido, nuestro exceso de credulidad no sería nada más que una pulsión remota, el instinto depredador que asoma *por debajo del nudo de la corbata* y por encima de la hipoteca.²⁵

Según el autor resulta que la pulsión depredadora se encuentra justo debajo del nudo de la corbata. O bien las mujeres están libres de tal instinto, o bien el uso de tanto masculino ha inducido al autor a olvidarse de las mujeres y dar por buena una metáfora que sólo incluye una prenda masculina, la usen los hombres que la usen.

Antes de pasar adelante, este uso pertinaz del género masculino nos lleva a recordar que hay unos determinados usos androcéntricos que arrojan a las mujeres a la exclusión o a la invisibilización en los discursos. Se tratará la cuestión más adelante.

24/ Ángel EXPÓSITO. «Miles de fístulas grado 3 en Congo», *La Vanguardia*, 22.11.2007, p. 25.

25/ Francesc-Marc ÀLVARO. «Credulidad aérea», *La Vanguardia*, 30.11.2007, p. 30.

Un punto de vista más global

Que el punto de punto de vista androcéntrico no es obligatorio lo podrían mostrar distintos y muy variados textos. Lo voy a intentar a partir de una selección de textos no androcéntricos la mayor parte del ámbito de la crítica literaria. Casi todos se caracterizan por citar a autoras y a autores.

Por ejemplo, este primero que reivindica al escritor yanqui William Maxwell y que en un momento dado afirma:

No supieron o no quisieron ver que la obra de quien en su faceta de editor de ficción de *The New Yorker* entre 1939 y 1975 había orientado a colegas del calibre de John Cheever, Salinger, Eudora Welty o Flannery O'Connor, casi por definición no podía ser mediocre ni por tanto era razonable arrojar a su creador al vertedero de los olvidados.²⁶

Citar a estas grandes autoras no las honra solamente a ellas, también honra a Maxwell y al crítico, y presenta una literatura menos mutilada que aquella que deja caer sistemáticamente en el olvido a las creadoras.

O este otro que también es ecuánime citando a creadoras y creadores.

Después leí a Borges y a Baudelaire, y más tarde el gran regalo del idioma inglés fue la poesía americana, tan limpia de toda retórica, tan habitada por el habla y a la vez por la Biblia y Shakespeare: Emily Dickinson y Whitman, Wallace Stevens y William Carlos Williams, Mark Strand y Denise Levertov, y Jane Kenyon, y Galway Kinnell, y Charles Simic, tantos nombres con los que llenaría esta página.²⁷

Las críticas, desde luego, no podían faltar a esta cita. Así, Lolita Bosch nos apabulla con su conocimiento tanto de literatas como de literatos americanos en un artículo donde critica algunas de las miopes políticas editoriales peninsulares.

Y la novela más el envío me ha salido por unos 40 euros. Algo similar me ha sucedido este verano con varios autores que he querido leer y no he podido encontrar en Barcelona. Ni en librerías ni en bibliotecas públicas ni en centros de estudios. No están la novedosa voz de Inés Bortagaray (Uruguay); la narrativa certera de Fernanda García Lao (Argentina); el todavía desconocido Felipe Polleri (Uruguay) cuyo libro sigo esperando y que está por llegar en estos días; Slavko Zupcic (Venezuela), con quien me ocurre lo mismo que con Polleri; Claudia Apablaza (Chile), cuyo libro ni siquiera he encontrado en Internet; el galardonado Arturo Arias (Guatemala), la desconcertante y compleja Jacinta Escudos (El Salvador) o incluso la célebremente galardonada Diamela Eltit (Chile) o las novelas del envolvente escritor Javier Vásquez (Ecuador). Por citar a diez entre los más de cien autores en lengua castellana que me he propuesto leer este verano.²⁸

26/ Robert SALADRIGAS. «El ciclo de la vida», *Culturas*, 342 de *La Vanguardia*, 7.01.2009, p. 7.

27/ Antonio MUÑOZ MOLINA. «Palabras venidas de tan lejos», <http://www.elpais.com/articulo/portada/Palabras/venidas/lejos/elpepuculbab/20100626elpbabpor_8/Tes> [Consulta: 29.07.2011].

28/ Lolita BOSCH. «Nos leo», *El País*, *Babelia*, 934, 17.10.2009, p. 2.

Otra autora, Laura Freixas, también menciona a escritoras a propósito del comentario que realiza sobre el libro de memorias del barcelonés José Luis Giménez-Frontín. Tiene un detalle que también la explica a ella y es que, aunque cita a algunas autoras, hace notar que son pocas porque las escritoras no se prodigan tanto como ellos. Es decir, además de citar a literatas, señala la anomalía de que sean menos.

Si Lidia Falcón titulaba sus libros de memorias *Los hijos de los vencidos* y *La vida arrebatada*, hay que reconocer que su caso es la excepción: casi todos los libros de memorias que se están publicando estos últimos años vienen firmados por hijos de los vencedores, de vida más bien regalada. El número de obras de este tipo, escaso hasta una o dos décadas atrás, empieza a ser ya suficiente para trazar un retrato-robot del escritor memorialista. Carlos Barral, Cristina Fernández Cubas, Juan Goytisolo, Jesús Pardo, Xavier Pericay, José Ribas, Eugenio Triás, Esther Tusquets... comparten unas cuantas señas de identidad: de familia acomodada, varones en su mayoría, catalanes que escriben en castellano. Que haya pocas mujeres no es de extrañar: ellas son minoría en todos los géneros literarios.²⁹

Es posible leer artículos de otras plumas que no citan a ninguna mujer y, en cambio, no extrañan ninguna ausencia.

Evidentemente citar a autoras y autores no es la única característica de un artículo o de una crítica literaria no androcéntrica. A continuación se muestra una que incide en el tema de lo escrito.

En su teoría de la caracterización literaria William Gass señaló que un personaje no tiene nariz si el autor no dice que la tiene. ¿Qué ocurre, pues, con los personajes que carecen de párpados? En *23 Pandoras* el criterio de selección ha sacado a la luz un tema infrecuente; no lo hallaremos en una compilación de lírica *masculina*. Quien es consciente de sus párpados tiene presente ese tema, y lo trata de manera sociológica, pragmática e indexal; en cambio, quien ha sido educado para considerar que los párpados sólo sirven para proteger los globos oculares lo ignorará o, a falta de un saber práctico que lo acoja, habrá de considerarlo al modo metafísico: *el ojo sin párpado, la visión pura, la mirada esencial*. [...] Así —con ignorancias como esta, revestidas de tropos y decoradas con filosofía— se construye el canon. Por eso tiene sentido hablar de *alternativa*.³⁰

Además de ser una bella e irónica crítica de cómo se construye un canon; de sus limitaciones y olvidos, de sus desprecios, hay un detalle de uso de la lengua que es coherente con lo que cuenta y que merece ser remarcado porque es una manera de hacer que ya se ha visto al comienzo de este capítulo y que se verá en más ocasiones. Se trata del uso del adjetivo «masculina» especificando

29/ Laura FREIXAS. «Los hijos de los vencedores», <<http://www.lavanguardia.es/free/edicionimpresa/res/20081112/53577432746.html?urlback=http://www.lavanguardia.es/premium/edicionimpresa/20081112/53577432746.html>> [Consulta: 12.11.2008].

30/ Eloy FERNÁNDEZ PORTA. «Llevalde esta pestaña a Bloom», *Culturas*, 437 de *La Vanguardia*, 3.11.2010, p. 23.

a un tipo de lírica (puesto que en este caso es propia de tan solo un sexo); es el mismo adjetivo que hemos encontrado en el segundo de los dos artículos que se dedicaban a las corbatas.

También deja claro que no es necesario ser una autora para adoptar un punto de vista que contemple a las mujeres, que las tenga en cuenta.

A continuación, se abandona el campo de la crítica literaria para citar un pequeñísimo fragmento de una entrevista a un diseñador, a André Ricard, para ver lo fácil que es en realidad ponerse también en el lugar de la otra al hablar de las bondades de un diseño, ya sea en general, ya sea porque tiene alguna utilidad específica para las mujeres.

—Usted relaciona el diseño con algo que funciona, y normalmente nuestro imaginario lo relaciona con destello.

—Sí, algo estrafalario que quizás no acaba de funcionar pero que es muy divertido, de moda. Creo que es una interpretación equivocada. En el diseño, evidentemente, hay estética. Por ejemplo, cuando salieron las scooters, tenían una estética muy distinta de la motocicleta habitual, pero también daban un servicio muy distinto: estabas protegido, no tenías que abrir las piernas para pasar al otro lado, podías ir con *faldas*, dejar cosas...³¹

Es especialmente interesante destacar la persona verbal que utiliza al final del último párrafo para enumerar las ventajas de las scooters frente a las motocicletas convencionales. Habla en esta segunda persona que incluye naturalmente a quien la usa y es destacable que la mantiene para la tercera utilidad —la más netamente femenina de las que cita—, cuando es más que posible que no pensara que lo incluyera a él, puesto que ponerse faldas no es de las cosas que suelen practicar los hombres por estos pagos, no obstante, la utiliza sin ningún empacho.

En esta misma deriva, otro fragmento de artículo enseña aquello que la literatura ha demostrado de manera tan bella como eficiente: que un hombre puede adoptar el punto de vista de una mujer, escribir en primera persona como si habitara un cuerpo femenino, alternar el punto de vista masculino y femenino y aún otros, así como todas las demás posibilidades que se nos ocurran (y a la inversa). Por cierto que el artículo no siempre usaba el masculino «actor» para hablar de actrices y actores, usaba también una forma doble (más adelante se hablará de este tipo de casos).

Pero volvamos al presente, continuamos en clase. Los actores escogen vestuario. Lo que vistes posiciona, marca, dice cosas. No es lo mismo llevar una americana que no llevarla, calzar *talones* [*sic*] de aguja que ir *plana*. De fondo suena una bellísima ópera barroca.³²

31/ Núria CADENAS. Entrevista a André Ricard. *El Temps*, 1.021, Valencia, 6 al 12 de enero de 2003, p. 32.

32/ Eduard MOLNER. «Amasando el nuevo teatro», *Culturas*, 371 de *La Vanguardia*, 29.07.2009, p. 18.

En la siguiente entrevista de R. Amon a Jafar Panahi a propósito de su película *El Círculo* presentada en el Festival de Venecia del año 2000, además de hablar de la posibilidad de ponerse en el lugar de la otra, de cambiar de óptica, explica de qué modo es posible hablar de la humanidad no obligatoriamente a partir de los hombres mostrando así la parcialidad y la endeblez del androcen-trismo.

Es una película sobre el comportamiento humano, sin otras pretensiones ni divi-siones. No he criticado un Gobierno, ni una religión, ni siquiera la actitud del hombre respecto a la mujer. Quería centrarme en «ellas» pero no con fines moralistas ni reivin-dicativos, sino porque el ser humano, en todas sus facetas, constituye el único elemento de mi cine. No es una película feminista, sino una mirada a la naturaleza humana. Todas las películas que hago proceden de mi imaginación, que es más bien dramática. No he querido hacer un trabajo documental sobre la situación de las mujeres ni aislarlas preme-ditadamente como una parte distinta de la sociedad. El ser humano es el ser humano.³³

En definitiva, a lo largo de este apartado puede verse que el punto de vista es esto: un punto de vista, no una realidad inamovible y fija, y que es posible incluso adoptar un punto de vista impropio: el del prójimo.

33/ *El Mundo*, 11.09.2000.